

DE LA MISERICORDIA A LA MISIÓN

12 de Abril de 2026 | Domingo de Divina
Misericordia



San Juan 20: 19 – 31

Al anochecer del día de la resurrección, estando cerradas las puertas de la casa donde se hallaban los discípulos, por miedo a los judíos, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: “La paz esté con ustedes”. Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Cuando los discípulos vieron al Señor, se llenaron de alegría.

De nuevo les dijo Jesús: “La paz esté con ustedes. Como el Padre me ha enviado, así también los envío yo”. Después de decir esto, sopló sobre ellos y les dijo: “Reciban el Espíritu Santo. A los que les perdonen los pecados, les quedarán perdonados; y a los que no se los perdonen, les quedarán sin perdonar”.

Tomás, uno de los Doce, a quien llamaban el Gemelo, no estaba con ellos cuando vino Jesús, y los otros discípulos le decían:

“Hemos visto al Señor”. Pero él les contestó: “Si no veo en sus manos la señal de los clavos y si no meto mi dedo en los agujeros de los clavos y no meto mi mano en su costado, no creeré”.

Ocho días después, estaban reunidos los discípulos a puerta cerrada y Tomás estaba con ellos. Jesús se presentó de nuevo en medio de ellos y les dijo: “La paz esté con ustedes”. Luego le dijo a Tomás: “Aquí están mis manos; acerca tu dedo. Trae acá tu mano, métela en mi costado y no sigas dudando, sino cree”. Tomás le respondió: “¡Señor mío y Dios mío!” Jesús añadió: “Tú crees porque me has visto; dichosos los que creen sin haber visto”.

Otros muchos signos hizo Jesús en presencia de sus discípulos, pero no están escritos en este libro. Se escribieron éstos para que ustedes crean que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengan vida en su nombre.

Oración inicial

Atráenos hacia ti, Dios de toda la creación. Impúlsanos a ir más allá de nuestras certezas limitadas, hacia el horizonte infinito de tu amor. Concédenos la capacidad de saborear, aunque sea por un instante, la riqueza del banquete que nos ofreces. Danos la paz necesaria para convivir con lo que no sabemos, con nuestras preguntas, y dudas. Permítenos experimentar de nuevo la fuerza de la resurrección, con ojos abiertos al asombro y un corazón capaz de verte en las personas de la Pascua. Amén.

Llamada a la acción (Elige una)

- **Confianza**

Ora cada día: «Jesús, confío en Ti».

- **Misericordia**

Ofrece el perdón a alguien (en tu corazón o directamente).

- **Misión**

Acércate a alguien que necesite aliento o apoyo.

- **Sacramento**

Haz un plan para recibir el sacramento de la Reconciliación o pasar un tiempo en adoración ante la Eucaristía.

Del miedo -> a la paz -> a la confianza -> a la misión

En la tarde del día de Pascua, los discípulos se hallan reunidos a puertas cerradas, llenos de miedo, incertidumbre y duda. Precisamente a ese espacio llega Jesús —no con condenación, sino con paz: «La paz esté con ustedes». Esta paz interior es uno de los signos de su presencia. No es la clase de paz que ofrece el mundo, sino la paz con Dios; una paz que solo Él puede dar y una promesa que Él siempre cumple. Jesús no espera a que los discípulos estén preparados o libres de temor; sale a su encuentro exactamente allí donde se encuentran y les muestra sus manos y su costado traspasados. Incluso ahora, Él continúa mostrándonos esas heridas: a través de los Evangelios, a través de la Iglesia y a través de la Eucaristía, donde su Cuerpo está verdaderamente presente entre nosotros. De sus heridas brota la misericordia, y por medio de esa misericordia Él nos otorga el don del perdón, confiando a sus Apóstoles y a sus sucesores, su autoridad para perdonar los pecados en el Sacramento de la Reconciliación.

Sin embargo, las puertas cerradas no se hallaban solo en la habitación; estaban en los corazones de los discípulos, especialmente en el de Tomás. Y, aun así, Jesús entra. Del mismo modo que atravesó las puertas cerradas de aquella estancia, Él también derriba las barreras más profundas que llevamos dentro: nuestra duda, nuestro miedo y nuestra resistencia. La lucha de Tomás se convierte en la nuestra, recordándonos que la duda no es un obstáculo para el encuentro con Cristo, sino, a menudo, el lugar preciso donde Él se nos acerca. Y cuando acudimos a Él con honestidad —como un niño que confía y pide— descubrimos que su respuesta no es la vacilación, sino una misericordia abrumadora.

Entonces se produce el giro sorprendente: «Como el Padre me ha enviado, así también yo los envío a ustedes». Jesús no los envía una vez que han alcanzado la perfección, sino mientras aún sienten miedo e incertidumbre. Este momento se convierte en el cimiento de nuestro camino a lo largo del tiempo pascual. Se nos invita a acoger su misericordia, a confiar en Él incluso cuando no vemos con total claridad, y a asumir la misión que Él nos encomienda. Durante las próximas semanas, recorreremos juntos este camino —del miedo a la paz, de la duda a la confianza, del encuentro al reconocimiento y, en última instancia, de la misericordia a la misión— descubriendo que no somos enviados por ser perfectos, sino por ser amados, perdonados y fortalecidos por Cristo resucitado.

Preguntas para la discusión

- **Entrar en la historia:** ¿En qué aspecto de tu vida te sientes ahora mismo «detrás de puertas cerradas» (miedo, duda, vacilación), y en qué podría estar intentando entrar Jesús?
- **Encontrarse con la misericordia:** ¿Qué te llama la atención de la manera en que Jesús responde al miedo de los discípulos? ¿Y por qué crees que Él conserva sus heridas?
- **Lidiar con la duda:** ¿En qué situaciones te descubres necesitando pruebas o certezas antes de confiar en Dios?
- **Recibir la paz:** ¿Qué podría estar impidiéndote recibir la paz que te ofrece Jesús? ¿Y cómo se vería en la práctica el aceptarla esta semana?
- **Ser enviado:** Jesús envía a los discípulos aun cuando todavía sienten miedo. ¿En qué ámbito podría estar invitándote Dios a dar un paso de confianza y a servir esta semana?